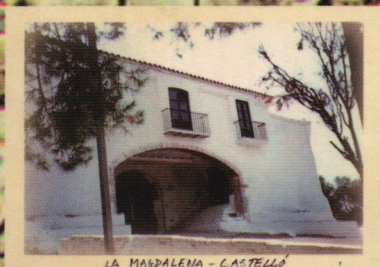


ERMITAS de la COMUNIDAD VALENCIANA.I

Matilde Pepín



LA MAGDALENA - CASTELLÓ



ELS PEIXETS - ALIBONIA



LA FONT-RUBA - ALICANTE

CARENA
editors

Prólogo de José Soler Carnicer

VALENCIA

SANTA LUCÍA



Si Valencia (en palabras de Felipe M^o Garín Ortiz de Taranco) es la *Meca del barroco*, ***Santa Lucía*** es su más viva expresión.

Cruzando el umbral se descubre la gran joya barroca que guarda en su interior y aunque pida a gritos una restauración,

SANTA LUCÍA

LA clara Valencia, la del poema del Cid, una vez conquistada, fundó la *Antigua, Pontificia, y Real Cofradía de Santa Lucía Virgen y Mártir*. Se desconoce el motivo por el cual la mártir de Siracusa movió las voluntades de la ciudad para que, en 1399, se edificara la Ermita que hoy perdura al lado del que fue *Hospital famoso*, cantado por Lope de Vega, y actualmente reconvertido en Biblioteca Pública.

Adormecida por la circulación de la avenida Guillén de Castro, el edificio constituye un oasis de paz y sosiego dentro de la gran urbe. En el exterior, a su vera, camuflada entre las ramas de un añoso olivo, la estatua del *Guerrero de Moixent*, reproducción fidedigna de la figura ibérica de bronce, encontrada en el poblado de *les Alcuses*, parece querer defender el edificio.

Si Valencia (en palabras de Felipe M^a Garín Ortíz de Taranco) es la *Meca del barroco*, la Ermita de Santa Lucía es su más viva expresión.

Cruzando el umbral se descubre la gran joya barroca que guarda en su interior y aunque pida a gritos una restauración,

sigue brillando como un viejo tesoro que asombra al visitante. Garín lo expresó así:

“Islote privilegiado de tantos (diluvios), testimonio vivo, todavía, de lo que eran aquellos adorables recintos barrocos, doblemente sagrados, en los que tallas y pinturas, bronce, ornamentos y exvotos reverberaban al brillo oscilante y rojizo-dorado de las velas, ese templo o ermitorio valenciano, en funciones de parroquia hoy —de San Lucas y Santa Lucía— originariamente dedicado a la santa virgen siracusana, abogada tradicional de la vista y los ojos, a los que, por su virtud, sin duda, se ha hecho posible VER todavía hoy, lo que era un interior barroco valenciano, con todo ese adobo plástico y óptico, litúrgico también, y devoto, que convierte a toda la ermita, bajados los escaloncillos por los que se accede desde la calle, como en gruta maravillosa, en (pedacito de cielo), en rincón para todas las confidencias (a lo divino) y las intimidaciones de la piedad”...

En 1963, se declaraba por decreto “Conjunto histórico-artístico, a esta Casa de la Pontificia, Real y Primitiva Cofradía de Santa Lucía de la Ciudad de Valencia”.

El Ermitorio, debe su salvación a una mujer: Claudia Bayo Gaboyard que en el ardiente julio de 1936, selló la puerta de entrada con un documento que acreditaba su nacionalidad francesa. El suceso está relatado en un panel cerámico del zaguán donde también se encuentran dos monumentales esculturas de Santa Catalina y Santa Lucía, procedentes de la capilla de Santa Catalina de Siena que estaba ubicada en la cercanía de la calle de las Barcas y que desapareció con la construcción del gran edificio comercial que hoy ocupa varias manzanas. Desde que trajeron las dos imágenes están allí, de prestado, esperando que les encuentren un lugar más adecuado.

Doña Claudia Bayo, además de Cofrade, es la ermitaña más entrañable de cuantas he conocido. Atiende a la gente con una exquisita amabilidad.

Subiendo una estrecha escalerilla se accede a la Casa-Museo de la Real Cofradía. En la Sala de Juntas hay un armario con ropas litúrgicas antiguas, banderas, colgaduras y el moderno estandarte procesional, repujado por Devesa en 1950, una hornacina con un relicario de Santa Águeda y lo más valioso que se observa es el gran lienzo de Santa Lucía del siglo XVIII, firmado por Evaristo Muñoz.

Otra sala llamada *La Grande*, está repleta de documentos, pergaminos, relicarios, retratos, bulas papales, santos y muchas joyas religiosas que don Francisco Llop va relatando con la elocuencia de un entendido en la materia y el entusiasmo de un fiel devoto; guardián y Cofrade Mayor de la Casa.

Este legado es digno de figurar en un museo debidamente catalogado y abierto al público para que todos puedan gozar de la riqueza histórica, artística y religiosa que contiene y que estando en el corazón de la gran urbe, está oculto a sus habitantes.

El día 13 de Diciembre, el entorno del Ermitorio, se llena de tenderetes blancos. Es la fiesta del primer *porrat* del año en Valencia y mientras las dos campanas del gracioso campanil voltean al viento alegres anunciando la festividad, las mujeres que vienen del mercado con sus carros de compra, los niños que regresan del colegio y los transeúntes que circulan por la calle del Hospital, se acercan para visitar a la Santa y comprar los sabrosos dulces.

Dos largas filas de devotos venidos de toda la Comunidad, esperan que les toque el turno para entrar a venerar a la Patrona, poner un cirio, comprar lotería y pan bendito. Es el rito tradicional que realizan cada año, aunque para ello haya que aguantar frío, lluvia y dos horas de cola.

Curiosamente los invidentes no acuden a este Templo; sólo uno está en Misa, el cual me informa que la Organización (ONCE) tiene su celebración en otra parroquia.

Después de la Misa se da a besar la Reliquia y acuden los fieles con un fervor que pone de manifiesto la necesidad del ser humano de aferrarse a devociones, ritos y tradiciones ancestrales, aunque estemos en las puertas del siglo XXI.

Y allí, como dormida en el tiempo, la Ermita valenciana de Santa Lucía, rodeada de chopos que le dan sombra en el caluroso verano, adornados sus muros de cuidados geranios que asoman floridos entre las rejas de las dos terrazas, se queda esperando un año más que llegue Diciembre para despertar, con júbilo, en la Fiesta Grande.